



PEREGRINACIÓN SIETE BASÍLICAS ROMANAS (LUJURIA – CASTIDAD – CIENCIA)

San Felipe Neri tuvo la genialidad de hacer una pequeña catequesis que vamos a hacer nosotros en cada una de las iglesias explicando un pecado capital, porque son siete pecados capitales, la virtud contraria y el Don del Espíritu Santo correspondiente, que son también siete los Dones del Espíritu Santo. En la plática anterior hemos explicado el pecado capital de la ira, nos toca ahora el pecado capital de la lujuria.

La lujuria no es un simple pecado capital. Nos hiere, no únicamente es algo que ofende a Dios, sino que nos quiere en lo más profundo de nuestro corazón porque afecta a nuestra identidad, afecta a la concepción antropológica tal y como Dios nos creó. Dios nos creó en la condición masculina, en la condición femenina, nos creó para el amor, y la lujuria está desdibujando nuestra propia identidad. Dios nos creó seres sexuados con una finalidad, con una triple finalidad. Fijaros cuál es la finalidad de la sexualidad: tres finalidades tiene.

En primer lugar, configurar mi identidad: soy hombre, soy mujer. Yo no tengo sexo masculino o no tengo sexo femenino; no, Soy. El sexo, no es algo que se tiene, es algo que se es. La primera finalidad con la que Dios pensó en la sexualidad fue la de configurar nuestra identidad, masculina o femenina. En segundo lugar, Dios creó a la sexualidad como un vehículo de expresión del amor. La sexualidad es la expresión corporal de la entrega plena del corazón. Y, en tercer lugar, la tercera finalidad de la sexualidad es la transmisión de la vida.

Fijaros bien, el pecado capital de la lujuria, es aquel que nos ha hecho creer una gran mentira. ¿Cuál es la finalidad del sexo? El sexo es un instrumento para el placer; es una gran mentira. Claro que también la sexualidad tiene derivada un placer, pero no es esa su finalidad. Su finalidad es configurar mi identidad, quién soy yo, ser la expresión del don del amor —hemos nacido para dar el amor que hemos recibido— y estar abiertos a la transmisión de la vida. Cuando olvidamos que el fin de la sexualidad es expresar la verdad del amor, nos condenamos a un placer decadente. Hay mucha gente que se ha condenado a un placer decadente porque se ha olvidado que la razón de ser de la sexualidad es la expresión de la verdad del corazón. La verdad del corazón está para darla, para donarla.

Hasta el punto, que en el momento presente, nunca fue tan necesario la liberación de la lujuria, porque hoy estamos viendo como la lujuria, la adicción al sexo, puede llegar a ser una esclavitud tremenda de la que nos cuesta liberarnos. Y los poderosos del mundo están ideando nuevas formas de esclavitudes a través de las adicciones para tenerlos sometidos. Y del pan y circo, del pan y circo de los romanos, pues quizás

hemos pasado al sexo y a internet. La dictadura más consolidada es aquella en la que los poderosos consiguen que los esclavos sientan placer en ser esclavos; entonces, y que el dictador dice: "Ahora sí que tengo sometido, ahora sí que estás en mis manos, eres mi esclavo y encima sientes placer en ser esclavo". Nunca fue más necesario la liberación de Jesucristo que en el momento presente. Y no olvidemos que el demonio se sirve de nuestras heridas para esclavizarnos, porque el adicto busca un placer para aliviar un dolor, sí, para aliviar un dolor que no es capaz de llevar correctamente. Y es importante detectarlo y dejarnos acompañar por Cristo y dejarnos sanar por Él.

Pues bien, queridos hermanos, la virtud contraria es la de la castidad. La castidad es la integración del amor, la virtud que hace posible amar al otro como persona y no como cosa. Es la vivencia ordenada de la sexualidad en todos los estados de vida. Es como una brújula la virtud de la castidad que nos permite encontrarnos y ser dueños de nosotros mismos. Es la que nos permite, la castidad, tener una sintonía entre el ritmo del cuerpo y el ritmo del alma. El ritmo del cuerpo siempre pretende ser mucho más acelerado y el ritmo del alma es mucho más pausado; la virtud de la castidad es la que es capaz de acompasar ambos ritmos. Es, la virtud de la castidad un sí rotundo a la capacidad de vivir la sexualidad y la efectividad de manera transparente y honesta.

Y hoy en día tenemos que predicar sin avergonzarnos esta virtud. Existe un impuro silencio sobre la castidad, un impuro silencio sobre la castidad que es silenciada y de la cual no se habla. Decía Chesterton que la Iglesia Católica predicó la caridad a los antiguos paganos, a esos paganos que en el circo romano se mataban y hacían allí de las luchas a muerte su fiesta, su deporte; y el cristianismo fue capaz de a aquellos paganos bárbaros predicarles la caridad. Bueno, pues decía Chesterton que si le predicamos la caridad a los antiguos paganos, tenemos que predicar la castidad a los modernos paganos; están totalmente necesitados también, estamos todos totalmente necesitados de ella.

Y concluyo diciendo: San Felipe de Neri aplica una virtud, mejor dicho, un Don del Espíritu Santo a cada pecado capital y virtud contraria. Frente al pecado capital de la lujuria, que tiene como virtud la castidad, ¿cuál es el Don del Espíritu Santo que San Felipe de Neri le aplica? El Don de Ciencia, porque el Don de Ciencia consiste en ver la creación desde los ojos de Dios. Ver la creación, incluida la antropología, el ser hombre y mujer, desde los ojos de Dios. Y la ideología de género que estamos padeciendo tanto, es lo contrario; la ideología de género es como un "seréis como dioses". Y el Don de Ciencia nos permite comprender la antropología, una antropología que supone un hombre interior integrado en el que la razón lleve las riendas de la voluntad, y la voluntad las riendas de los instintos. Es el Don de Ciencia el que nos permite comprender la creación y la psicología y la identidad del hombre tal y como Dios la ha creado.

Os invito a que en esta en esta basílica, en la que San Felipe de Neri predicaría tantas veces aquí en este lugar la lujuria, la castidad y el Don de Ciencia —San Felipe de Neri lo predicó en este lugar—, y San Ignacio de Loyola, nuestro santo patrono, fue peregrino aquí también haciendo esa misma catequesis, os invito a que ahora nos dirijamos a la Virgen María, nuestra madre, y le pidamos el don de la pureza, el don de la castidad, que es un don de liberación si queremos ser libres, romper las ataduras de las esclavitudes. Y le vamos a pedir a la Virgen María con esas tres avemarías el don de la libertad en la castidad.

